LA COGNICIÓN LINGÜÍSTICA DE ÁNGEL AMOR RUIBAL

Antonio Domínguez Rey
Universidad Nacional de Enseñanza a Distancia

Amor Ruibal fundamenta el lenguaje como ciencia buscando el nexo que integra su función perceptiva, analítica y conceptual. La descripción de formas y estructuras responde a la función explicativa de su génesis. Para ello indaga en el transcurso histórico del lenguaje y extrae de sus condiciones, naturaleza y conformación, principios básicos que fundamentan las formas, los tipos que las integran y las unidades que se conforman a partir de estos. La base articulatoria se organiza en torno a tipos fónicos que son unidades mínimas cuya configuración encierra ya un principio general de formación concreta. La sílaba, conste de un solo fonema vocálico o de la unión de un núcleo vocal y uno o más márgenes consonánticos asistentes, es el primer tipo genérico y concreto. Quiere ello decir que el hablante no articula el lenguaje en unidades más elementales, pues los fonemas no silábicos resultan ser asimismo deducciones reflejas del lenguaje que el habla no secciona como unidad operativa de expresión vital.

El lenguaje funciona básicamente por frases, que son unidades morfosintácticas en consideración gramatical, susceptibles de establecer otras más reducidas o morfológicas, las palabras, coincidan o no con uno o más tipos fónicos. Ahora bien, el habla, la *Rede*, tampoco distingue estas unidades como tales. Su diferenciación resulta del análisis reflejo del lenguaje y Amor Ruibal no iguala la gramática con el mundo del habla, el cual sobrepasa siempre la función analítica del *λόγος* técnico. *Sílaba*, *palabra* y *frase* son las unidades que articulan la realidad del lenguaje en orden fónico, morfológico y morfosintáctico.

El resumen amorruibaliano concentra el modo empírico de los gramáticos hindúes (formas verbales enramadas en torno a un tronco) y el filosófico de los griegos (organización sintética de las ideas en categorías lógico-gramaticales, apofánticas) en otro análisis

tico-sintético cuya estructura lingüística, de base histórica, añade algo más objetivo a la razón vital de las lenguas. Es el método sintético-histórico, que une el comparatismo externo (aún prelingüístico) de los idiomas al proceso interno de su propia vida, desplegada mediante aglutinaciones, flexiones y generaciones correlativas con el medio y la evolución social e histórica de las comunidades idiomáticas. En las lenguas habría un principio interno generativo coincidente con el homólogo de Wilhelm von Humboldt (1767-1835), del que en realidad deriva por ampliación esta exégesis amorruibalana. La síntesis histórica descubre las causas de los hechos idiomáticos. Analogía y generativismo compendian *ἐμπειρία* y razón en la historia de cada lengua. Materia y forma de la sintaxis histórica: fonética o glotología y morfología, donde se implica ya la sintaxis o morfosintáctica como operación interna de concreción perceptiva y semántica. Así se muestra cada lengua como «vida social de los pueblos»¹. El autor remite de este modo a la génesis de la idea o ideología y afronta con ello el giro gnoseológico del lenguaje: la teleología del proceso.

Y es aquí donde se centra la consideración del habla como nexo *ideal-real* y de la palabra como «universal individualizado»². Si unimos tales conceptos a los de tipología fonológica, categorización, valor asociado al proceso signifiante, representación icástica de la palabra como imagen y aspecto suyo de *creación artificial*, recordaremos entonces el fondo kantiano de las reglas y principios en el entendimiento discursivo, basado en la subsunción del particular por el universal, y el intuitivo, que procede de la imagen o *intellectus ectypus* hacia el prototipo de un todo cuya representación fundamenta las partes que lo integran, la forma de ellas derivada y su

1. *Los problemas fundamentales de la filología comparada. Su historia, su naturaleza y sus diversas relaciones científicas. Primera Parte*, Consello da Cultura Galega, Santiago de Compostela, 2005 [*princeps*, 1904], pp. 53-54. Nota: a partir de ahora usaremos las siglas «PFFC I» para referirnos a este trabajo.

2. *Los problemas fundamentales de la filología comparada. Su historia, su naturaleza y sus diversas relaciones científicas. Segunda Parte*, Consello da Cultura Galega, Santiago de Compostela, 2005 [*princeps*, 1905], pp. 343-344. Nota: a partir de ahora usaremos las siglas «PFFC II» para referirnos a este trabajo.

enlace, acción propia del *intellectus archetypus*. Amor Ruibal pretende la síntesis del conocimiento discursivo e intuitivo, de lo analítico-universal y sintético-universal, que en Immanuel Kant (1724-1804) proceden diferenciados pero se implican, como en Edmund Husserl (1859-1938), en orden a una razón suficiente del juicio que explique el conocimiento de la naturaleza y la reflexión que este suscita más allá de los datos verificables³.

Tal proceso revela una «razón evolutiva» en la realidad histórica y el autor gallego la caracteriza como «inconstancia presente de todo lo sucesivamente actuado»⁴. Hay algo inmutable, la ley de correlación, y algo variable, las continuas transformaciones de un origen ya ignoto, hipotéticamente intuible, pero cuyo fundamento se revela en cada acto singular de actuación en tiempo y espacio concretos, al que corresponde un *tipo originario* (*absoluto o relativo*) no siempre confirmado históricamente. Lo esencial del signo consiste en la equivalencia universal de relaciones, y su diferencia específica en el modo concreto de significarla.

El carácter sistemático del lenguaje responde a la actuación del *principio genético* por parte del individuo *en el momento en que habla*, lo cual supone una activación continua del producto u *obra social* ya apropiada. Tal acto acontece en un presente de relaciones mutuamente sostenidas. En realidad, el lenguaje adquiere valor de sistema en virtud de la relación simbólica que su articulación establece entre el sonido y los actos psíquicos. De ello resulta una definición escueta: «*simbolismo fonético manifestativo de la vida psíquica y sus diversos actos*»⁵. Y es aquí donde entra la consideración del

3. I. Kant, *Kritik der Urteilskraft*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno, 1978 [*princeps*, 1790], pp. 360-362. Humboldt considera también el fondo kantiano de un juicio posible de las cosas y el enlace de sus relaciones según la dinámica de nuestro pensamiento.

4. PFFC I, p. 66 n.

5. PFFC II, p. 122. Amor Ruibal considera previamente otras definiciones atendiendo al aspecto de lengua ya *producida* o *habla realizada*, según el cual el lenguaje es «*un sistema de sonidos articulados para la transmisión de nuestros conceptos y sensaciones*» (PFFC II, p. 121), y a la vertiente de formación individual de la lengua en el hablante, es decir, realizándose el habla, lo que caracteriza al lenguaje como «*la manifestación de los conceptos y sensaciones mediante sonidos articulados reducibles a sistema*» (PFFC II, p. 121).

signo en tanto que relación sistematizada y lógica de relaciones múltiples, pero dentro de un horizonte simbólico.

Tal relación muta cambia su realización concreta, pero se mantiene –aunque mudable– estable en sí misma, con «regularidad sostenida»⁶. Es «la razón formal del lenguaje», de gran importancia por cuanto constituye el fundamento relacional del signo lingüístico, no reducible a ninguna de las dos naturalezas que lo constituyen, pues «resulta de una determinación extrínseca a ambos términos»⁷. Los enlaces que dan lugar a las unidades del lenguaje se realizan mediante actos, y estos suponen siempre aquella razón formal que los implica, replica y superpone, originando con ello «la relación más íntima posible en el orden de *signo* y *cosa significada*»⁸. La razón formal de esa relación durable es el fundamento del sistema lingüístico.

Cabe, pues, detenerse en la ley correlativa del presente inconstante del signo, como hará luego Ferdinand de Saussure (1857-1913) al establecer como objeto formal de la lingüística este corte sincrónico (frente al fondo sucesivamente mutable de la diacronía). Para Amor Ruibal, sin embargo, la inconstancia de tal presente es reverberante, pues incluye también en su reflexión lo actuado, ahora consciente o inconsciente, como cierta memoria colectiva suya. El signo, como el lenguaje, es a la vez social e individual. El lenguaje vive como realidad común en los individuos que forman la sociedad y tiene organización propia. En él hay, por lo tanto, un fondo de trabajo anónimo, impersonal, «que resume la acción[,] ya consciente[,] ya indeliberada[,] de varias generaciones»⁹. Ahora bien, tal vivencia no supone una relación necesaria con el signo que la expresa verbalmente «ni con el individuo[,] ni con la sociedad que le dio ser y forma determinada»¹⁰. Uno y otra son, en principio, indiferentes para recibir y hablar cualquier lengua, aun-

6. PFFC II, p. 123.

7. PFFC II, p. 122.

8. PFFC II, p. 335.

9. PFFC I, p. 28.

10. PFFC II, p. 347.

que, de hecho, hablen una determinada, pero no siempre la misma, pues los idiomas cambian con el tiempo. No obstante, la adquisición y asimilación así producida convierte la «lengua común y social», anterior al individuo que la recibe, en «única propiedad» suya, «como si nunca hubiera tenido lengua madre»¹¹. Y lo que antes era recepción pasiva se torna influencia en el medio, de lo que resulta una evolución continua que deja «un *substractum* de fuerzas *conservadoras* y fuerzas *modificadoras* de las lenguas»¹².

A la acción común generacional debemos añadirle además, ahora desde el plano onto- y prelógico, el nexo «preconsciente»¹³ de objeto y sujeto en la unidad existencial de conocimiento. Lo vivido, pasado, aún late y asiste al momento de habla. Por eso no existe tampoco un orden propio de ausencia en el signo amorruibaliano, sino de virtualidad y evolutivo, pues lo ausente por no constatable en superficie funda todo el complejo *pre-* del *presente*.

Amor Ruibal discrimina –con Hermann Paul (1846-1921) y Eduard Wechssler (1869-1949)– entre *expresión verbal* y *representación conceptual*, *unidad natural* y *unidad artificial*, *manifestación* y *predicación lógica*, *símbolo* y *signo*, lo que distingue la lingüística de la lógica sin encubrir en sus relaciones mutuas una especie *sui generis* de *metalingüística*. Por eso afirma el pensador gallego que «la lengua no es más que lo que *aparece* y no lo que *se deduce*, ya que de otra suerte el lenguaje[,] en lugar de ser signo de conceptos, sería signo de sí mismo y de sus elementos tácitos»¹⁴. Ahora bien, la presencia incluye como signo suficiente esa posibilidad analítica de deducción lógica, lo cual, evidentemente, no es la manifestación concreta de la expresión hablada. En cuanto sobrepasamos la dimensión de signo de la palabra nos movemos dentro del símbo-

11. PFFC II, p. 349.

12. PFFC II, p. 349.

13. Cf. Á. Amor Ruibal, *Los problemas fundamentales de la filosofía y del dogma. Tomo Octavo. El conocer humano*, Imprenta y Librería del Seminario Conciliar, Santiago de Compostela, 1934, pp. 222-224. Nota: a partir de ahora emplearemos las siglas «PFFD» –seguidas del ordinal apropiado (en números romanos)– para identificar los diferentes tomos de esta obra.

14. PFFC II, p. 166.

lo, que comprende la manifestación expresiva y además su implicación lógica¹⁵.

Entre *signo* y *palabra* existe cierta diferencia. El signo refiere el orden lógico del lenguaje en sentido estricto¹⁶, mientras que la palabra comprende más que el pensamiento, pues atañe también a otras facultades, la sensitiva y volitiva, la perceptiva y afectiva, es decir, al supuesto cognoscente. Ahora bien, en cuanto signo, supera a los demás (naturales y artificiales), por su simplicidad, exactitud y extensión: responde a un solo sentido, si bien connota otros, y alcanza tanto lo abstracto (*λόγος*) como lo concreto (*ἔργον*) y sus modificaciones, frente a la vaguedad general y complejidad sensitiva del resto¹⁷.

Amor Ruibal parte del signo cognitivo, que es el núcleo gnoseológico de la conciencia humana, común por tanto a hablante y oyente. Incluye la cosa u objeto, la sensación que notifica su

15. Amor Ruibal alude a la función de la escritura en esta división fonológica y gramatical del lenguaje, que determina la «material independencia» de la unidad *natural* de la palabra en el discurso, así como la «material constitución» de la sílaba dentro de ella (PFFC II, p. 167). Y esto tiene otra consecuencia lingüística importante de rango ya semiótico, pues asistimos a una *reductibilidad* de signos ópticos y acústicos en el proceso analítico del lenguaje y sus obras, estableciendo así una *conversión* continua entre ellos mediante la «lectura del pensamiento escrito». El autor resume aquí implícitamente la esencia del signo lingüístico. La actividad intelectual de los hombres supone en todos ellos *unidad y universal equivalencia del pensamiento* —o, como dice Otto F. Gruppe (1804-1876) en su *Wendepunkt der Philosophie im neunzehnten Jahrhundert* (Reimer, Berlín, 1834) «den allen Menschen gemeinsamen Akt des Denkens» (p. 30)— pero en cada idioma concreto le corresponden «tres clases *diversas y no universales* de *instrumentos significativos*»: acústicos, ópticos, y los ya citados de conversión mutua. Y todo ello constituye «la acción refleja del trabajo intelectual humano» (PFFC II, pp. 151-152).

16. PFFC II, p. 336.

17. P. Regnaud: *Principios generales de lingüística indo-europea. Versión española, precedida de un estudio sobre la ciencia del lenguaje por el Dr. Á. Amor Ruibal*, Consello da Cultura Galega, Santiago de Compostela, 2005 [*princeps*, 1900], p. 61. Nota: a partir de ahora emplearemos las siglas «CL» para referirnos a este trabajo (concretamente, a la «Introducción» que firma Amor Ruibal).

La simplicidad del signo amorruibaliano contrasta con el carácter complejo que reconoce al lenguaje el pensador gallego (PFFC I, p. 50) y avanza el carácter «multiforme et hétéroclite» que Saussure le atribuirá luego en el *Cours de linguistique générale* (Payot, París, 1972 [1ª edición, 1916], p. 25). Y ello se debe precisamente a que, una vez creado, tanto la relación interna como su condición perceptiva acumulada ya responden a algo suyo.

existencia, y la facultad cognitiva dotada de una potencia actuante. El conjunto forma la unidad consciente. La sensación de las cualidades objetivas induce algo inteligible en las cosas u objetos ayudada por la imaginación; la luz mental así alumbrada en la conciencia permite entenderlo, descubriendo en tal acto los primeros principios que posibilitan el conocimiento.

La función representativa mediadora corresponde ya al signo lingüístico, que se encastra, por así decirlo, en el referido signo cognitivo, pero ahora consta de otros elementos. La facultad cognitiva de antes se incrementa con la lingüística, cuya representación común es la idea dada en la palabra como potencia expresiva suya. La sensación se cifra ahora en el sensible fonoacústico, o sonido; y el mundo de las cosas ya entra objetivado, es el objeto de la representación perceptiva, cuyo acontecer procede en el decurso sonoro de la idea, o viceversa, en el ideológico del sonido.

Entre emisor y receptor se produce entonces una intersección cognitiva y expresiva de *valor objetivo* común pero doblemente diferenciado respecto del signo cognitivo y del modo de entenderse los interlocutores cuando se comunican. Uno y otro salvaguardan la autonomía del acto individual lingüístico y cognitivo¹⁸. El hablante procede desde la facultad cognitiva, desde los primeros principios y sus conclusiones hacia la expresión, es decir, desde la idea o representación de la cosa ya mentalmente objetivada hacia la palabra; el oyente recibe con la palabra ese contenido a modo de nuevo objeto mental, con lo que se inicia el proceso ya mencionado. Se crea una tensión significativa que atañe al fundamento mismo del lenguaje, pues la expresión es fórica y revela una tendencia comunicativa de la nueva unidad mental hacia el objeto cuya inte-

18. Amor Ruibal parte en muchos aspectos de Humboldt. En cuanto *ἔργον*, la palabra revela la facultad que posibilita el lenguaje, «un conocimiento de las cosas en potencia no pasiva, sino activa», los principios que fundamentan el proceso y sus conclusiones (PFFC II, pp. 333-334). Descubre entonces en el hablante su *ἐνέργεια*, o capacidad productiva de lenguaje, e induce en los interlocutores un modo similar de atraer «su atención a los principios que posee», con los que asimila «científicamente el trabajo que otro hizo primero» (PFFC II, p. 334). Tal proceso adelanta ya la elucidación científica de Husserl.

ligibilidad ya comprende, como nota suya inherente, algo alterativo y, por tanto, comunicable. Se produce entonces la intersubjetividad o intersección comprensiva en tanto que «valor objetivo».

Las implicaciones cognitivas se incrementan y, además, se ha producido algo nuevo para el conocimiento. El proceso emisor transmite el concepto de la realidad concebida, pero la palabra lleva en sí, por así decirlo, lo concebido, no la cosa, que queda evocada mediatamente en los interlocutores, si bien el hablante la propone en formas vivas que comparte el oyente (quien, no obstante, puede desconocerla por entero, o desconocer la formalidad bajo la cual se presenta). En este caso, la función interpretativa se incrementa.

Tal acto constituye la significación y el «valor objetivo» de la palabra, es decir, su valor de signo. Consta este de una relación íntima en la palabra del *acto psíquico*, la moción del pensamiento, y el *acto fónico*, expresivo. Y así es como se produce «una corriente verdaderamente prodigiosa de vida psíquica» entre los interlocutores¹⁹.

Observamos que la representación cognitiva se trueca en significación, y que tal acto supone un entendimiento entreverado de relaciones que escoran oblicuamente la cosa u objeto representado hacia la idea que lo representa, cuya interrelación es ahora el concepto o signo lingüístico. La palabra surge, la *hacen aparecer* las intencionalidades de los interlocutores aplicadas al «valor objetivo de la idea expresada» como significando la cosa, «cuando en realidad representa la idea»²⁰. Esta mediación ya es un principio trópico del conocimiento: representa *A* como *B* y reduce la relación *BA* a *C*, donde *A* es solo un reflejo oblicuo, interpretable, de la nueva relación *BC*.

19. PFFC II, p. 336.

20. PFFC II, p. 340. Este giro amorruibaliano recuerda el *Wandel* de Gustav Gerber (1820-1901) entre el mundo natural del sonido espontáneo, no articulado, y el cognitivo. La sucesión representativa de la realidad y la creación inicialmente pareja de sonidos ya articulados (*Sprachlauten*) produce un tránsito (*Übertragung*) que ya no representa de modo inmediato las cosas, sino a través de signos, y ahí, en tal decurso, toma conciencia el pensamiento de su propia actividad, y una parte del proceso acontece como significación análoga a la formación del sonido significante. La palabra ya representa entonces la cosa concebida, no su donación directa, pues lo dado ahora es la unidad lingüística: el signo (cf. G. Gerber, *Das Ich als Grundlage unserer Weltanschauung*, Gaertner, Berlin, 1893, pp. 2-5).

Amor Ruibal distingue primero, y superpone después, las dos clases de signo, el cognitivo y el lingüístico. Y lo hace considerando las relaciones que, como medio, establece el signo con los extremos, es decir, la potencia cognoscitiva y la realidad por ella representada²¹. Cabe considerar entonces una relación arqueada entre tres hitos de una línea cuyo centro es el signo creado al dirigirse la potencia hacia la cosa u objeto mediante el sensible, y al ser conocido éste en dirección retrofleja como idea, según principios ahí mismo revelados, como si de un velo palatino de la conciencia se tratara.

Pues bien, proyectando el lenguaje sobre este modelo se nos revela ahora su valor de signo. Y lo primero que observamos es su carácter instrumental, pues debemos conocerlo antes para dirigirnos con él a la cosa. En segundo lugar advertimos otra característica suya, la de arbitrario, ya que la forma de su relación con la idea no es tal por necesidad constitutiva. Podríamos expresarla de otro modo y con otros medios. Es decir, el lenguaje no se muestra en tal nivel ni, a pesar de lo que pudiéramos imaginar por lo dicho antes, como signo formal ineludible y reflejo natural de las cosas tal y como se nos presentan. La facultad lingüística sí procede naturalmente, pero su producto es más complejo.

El lenguaje refleja el conocimiento como significado. Es su operación significativa. Conocer hablando y expresarse conociendo son dos modalidades activas del pensamiento. Entre el concepto objetivo y el subjetivo de la significación se instaura una relación de principio, la idea, a efecto suyo, el objeto o cosa, según se considere primero uno u otro. La palabra se dirige antes a la idea que a la cosa en su «orden causal», el del hablante, y viceversa, en el de «efectos» suyos, el del oyente²².

Las consecuencias de aquí deducidas sorprenden incluso hoy. Aunque los nombres surgen ocasionados con fundamento real por la realidad concreta y singular, no hay nombres individuales. Todos ellos resultan, incluidos los denominados propios, «adjetivos que expresan una cualidad; ninguna palabra es, en rigor, pro-

21. PFFC II, p. 339.

22. PFFC II, p. 341.

pia; todo lenguaje es en orden a las individualidades un conjunto de pseudónimos combinados. Por eso, si bien lo individual es el motivo de la palabra, toda palabra es universal individualizado»²³.

El nombre adjetiva como una cualidad más al objeto que designa y oblicuamente afecta a la forma del concepto²⁴. Es una conclusión acorde con la trayectoria del pensamiento humanista renovado por los autores del Modernismo. Amor Ruibal piensa seguramente en el pseudomorfismo científico del nombre, una forma cuya presencia adopta la de otros seres vivos partiendo de sus moléculas elementales, como aquí el *verbum mentis* y el *verbum oris*²⁵, la mente y el rostro fundidos cualitativamente.

De la superposición de relaciones sensibles, perceptivas y lógicas resultan las divisiones categoriales del lenguaje. La síntesis amorruibaliana considera los tres vértices de interrelación, según procedan «del *objeto significado*», que «son comunes a la idea y a la palabra», solo de la idea o «*diverso modo de conocer el objeto*», y de la palabra o «*diverso modo de expresar el concepto*»²⁶. A la Ciencia del Lenguaje pertenecen «de lleno»²⁷ las del primer y tercer grupo, incluidas las figuras retóricas. En este último considera los tres grandes bloques de «términos de concepto, imaginación y forma designativa, unívocos, equívocos y análogos, según correspondencias e interrelaciones de nombre, el significante, y la naturaleza de la cosa u objeto: *sinonimia, heteronimia, homonimia, polionimia y analogía*»²⁸.

Al modo de Kant, pero desde un evolucionismo histórico, y transformado el contingente acuerdo ontológico (*Zusammenstimmung, Übereinstimmung*) de naturaleza y entendimiento, su potestad (*Vers-*

23. PFFC II, pp. 343-344.

24. Se instaura así una gnoseología del lenguaje, anterior a la fenomenológica de Husserl, pues la palabra participa de la expresividad significativa como forma suya conceptuante. La significación expresa y el acto fónico («Wortlaut») deviene función suya, observa Husserl (*Ideen zu einer reinen Phaenomenologie und phaenomenologischen Philosophie*, Max Niemeyer, Halle, 1913, p. 257).

25. Cf. PFFC II, pp. 279-280.

26. PFFC II, p. 337.

27. PFFC II, p. 339.

28. PFFC II, p. 337.

tand, *Vermögen der Begriffe*) en noción prelógica y pre-concepto de ser, con prelación del predicado sobre el sujeto, el lenguaje establece un «nexo singular del orden de las ideas con el orden de las cosas»²⁹. Tal es su naturaleza y fondo cognitivo.

Pero ni las ideas ni las cosas son algo en sí para el conocimiento fuera de la correlación que, una vez instituida, les confiere el signo verbal. Al nexo de prelación ontológica acude la palabra *in nuce* sea cual sea el punto de engarce. El signo fluye suspendido de algún modo en el ámbito de su resonancia, como prendido de hilos virtuales de contacto y ordenamiento: taxia potencial de su condición de tropo.

La palabra viene a ser un momento intencional de la idea, un instante suyo volitivo, la expansión fónica de su comprensión extensivamente ontológica. La comprensión de cualidades de un objeto se determina intensión y extensión de predicados en las cosas comprendidas. Tal momento intenso de extensión numérica de la cualidad (los singulares predicados) sería el nombre. Y, por tanto, le corresponde algún tipo de juicio, el lingüístico, cuya explicación resulta de orden inverso al lógico en ella comprendido,

porque el juicio recae sobre las cosas, y el lenguaje recae directamente sobre las ideas, y solo indirectamente sobre las cosas en cuanto aquellas convienen con estas. Cuando decimos hombre, traducimos la idea, y luego la cosa; así que, siendo en el orden mental lo último de elaboración, son justamente lo primero en expresión, cual si el verbo sobreviniera para enlazarlas por su existencia precedente³⁰.

29. PFFC II, p. 7.

30. PFFD VIII, p. 426. Recordemos la continuidad inductiva y deductiva de los juicios kantianos de reflexión y determinación concreta, el *analítico* y *sintético universales* del conocimiento teleológico (o basado en fines), que tienen por origen una representación de la naturaleza y no su propia energía material inmediata, como la de las cosas que la integran. Una representación que presupone, no obstante, el acuerdo casual —«Übereinstimmung... welche sehr zufällig ist» (I. Kant, *Kritik...*, *op. cit.*, p. 360)— de los caracteres de la naturaleza con los conceptos que la comprenden y lo contiene ahora (efecto y causa al mismo tiempo en cuanto *fin* inducido) como algo *necesario* para que las cosas lleguen al juicio a través de las leyes en ellas descubiertas y según concuerdan, a su vez, con la reflexión y requisitos lógicos de aquél.

Amor Ruibal aplica al juicio la definición general de ciencia, que «se refiere de una manera directa y primaria, a los principios de la teoría que trata de explicar el ser objetivo de la cosa, y solo indirectamente a la cosa misma, cuyo es el ser objetivo»³¹. Es la doble correspondencia que John Locke (1632-1704) considera entre la idea y las cosas, por una parte, y el nombre y la idea, por otra, de tal modo que la palabra refiere el mundo cósmico oblicuamente³². Ahora bien, la lingüística sobrepasa el carácter posible del juicio reflexionante de Kant al concretar su objeto, el lenguaje, cuya estructura sigue, como en Gustav Gerber, la moción del pensamiento, pero invierte su lógica. Lo último concebido es lo primero expresado, lo cual indica una transición difícil de captar, *als ob*, como si de una figura retórica se tratase, una *ὕστερολογία*³³, por ejemplo. Observemos que el verbo enlaza una *existencia precedente*, la correlación de idea y cosa, a la que de algún modo asiste como noción suya predicable. La relación de una idea enlazada con la cosa es verbo suyo. Y las cosas se enlazan predicándose, es decir, la idea concibe la cosa diciéndola, nombrándola. El nombre es su estado mental objetivo, el momento *ex-* de la *ek-sistencia*, el *ec-typus*, su relieve, grabado o escultura³⁴.

31. PFFC I, p. 60.

32. J. Locke, *An essay concerning human understanding, with thoughts on the conduct of the understanding*, Mundell & son, Edimburgo, 1801 [*princeps*, 1690], vol. 2, II/XXXII, pp. 109-120.

33. «La *hysterologia* —dice Heinrich Lausberg (1912-1992) en su *opus magnum* (*Manual de retórica literaria. Fundamentos de una ciencia de la literatura*, Gredos, Madrid, 1967 [original en alemán, 1960; traducción al español por J. Pérez Riesco], vol. 2, p. 282)—pertenece al *ordo artificialis* [...], y consiste en coordinar dos contenidos de manera inversa a su discurrir natural: Beda [673-753] p. 614, 12 *hysterologia est vel hysteron proteron sententia, cum verbis ordo mutatur, ut: "hic accipiet benedictionem a Domino et misericordiam a Deo salutari suo* (Sal. 23 [24], 5): *prius enim Dominus miserando iustificat impium, et sic benedicendo coronat iustum*».

34. Platón ya se refiere a esta doble instancia del momento conceptivo en el Filebo (39, a-c) al describir la acción de la memoria en el pensamiento. En primer lugar, actúa como un escribano (*γραμματιστής*) que anota el decurso de las cosas como simple impresión suya; luego procede como un pintor (*ζωγράφος*) que configura en perspectiva los *γράμματα* iniciales y los dota de relieve como imágenes en la que el alma contempla las cosas así presentes en la conciencia. El pintor pinta también en nuestro caso palabras, pero lo hace con el color y el volumen de la voz. (Platón, *Philèbe* [edición y traducción al francés por A. Diès], Les Belles Lettres, París, p. 47).

Lo *su-jeto* de la relación ontológica del lenguaje contiene la temporalización del pensamiento. El nombre deviene palabra en el proceso constituyente. Adquiere sufijos y desarrolla flexiones respecto del entorno, como *su-jeto* y *pre-dicado* antes incluso de que su rostro se muestre como nombre sustantivo o nombre verbo, o en ese mismo instante, según nos indican los vestigios más antiguos de las raíces verbales. Por eso el concepto amorruibaliano de *mesología* resulta revelador, pues alude al trasfondo emergente y diferenciado que prelata, como en Gerber³⁵, la sintaxis sobre las categorías que de ella provienen en modo reflejo, pero desde un dominio semántico. El tema presupone un *τόπος* y una sensación adjetiva, una toposensitividad.

El verbo enlaza sobreviniendo lo ya mentalmente unido por ser, también él, verbo cognitivo. Habría, pues, un núcleo cuyo eje interno es algo que, conociendo, se expresa, y su presión mental resulta palabra, pero una palabra que cumple las mismas funciones hacia fuera. Contiene *ser* y habrá que determinar su cualidad y número, pero dentro de ella ya hay, como allí, un principio de expansión relacional. La palabra nace como irradiación del pensamiento dentro de la tendencia que el espíritu tiene a objetivar su propio dinamismo, nos dice Humboldt repetidamente.

El misterio del ser *pre-dicable* atañe a la sustancia cualificada desde el participio presente del verbo griego *εἶμι* ('existir'): *ὄν*, *ὄντος* ('el ente'), que sólo conserva la desinencia de una raíz perdida *εσ-*, que en el participio de presente *εσ-ὄν* elide la *-σ-* dando *ε-ὄν*, *ε-όντος*, cuya vocal primera desaparece ya en griego clásico, y de este modo solo queda la desinencia, «que no [!] tiene la significación del verbo», concluye Amor Ruibal³⁶.

35. G. Gerber, *Die Sprache und das Erkennen*, Gaertner, Berlín, 1884, p. 69.

36. Cf. CL, p. 52 n. 1. Parece obvio que el tipógrafo cometió un error al componer esta línea. En el pasaje en cuestión, Amor Ruibal describe el proceso por el cual una primitiva desinencia llega a vehicular el contenido de una raíz que desaparece por causa de los azares de la fonética. Descripción que sólo puede cerrarse constatando que, al término del proceso, lo que era desinencia se contagia de la significación de la raíz (o la desinencia no tenía tal significación). Así pues, caben dos posibilidades: puede ser que sobre el «no», o que falte un «inicialmente», un «originariamente», o cualquier otro adverbio de sentido similar.

Observamos aquí otro ejemplo claro de pervivencia de un sentido cuyo significado se desplaza a la desinencia dotándola de entidad plena, nada menos que la realidad sustancial, entitativa. Las raíces mutan, viajan, generan y sustancian formas.

Amor Ruibal considera que este proceso o fondo especulativo del lenguaje es, como ya dijimos, reflejo, tanto en la propia entidad lingüística como en la gramatical. Georg W. F. Hegel (1770-1831) atendió a esta doble vertiente de la proposición, camino de ida y vuelta que, al volver, empero, descubre lo que antes, en una simple mirada de *S* a *P* en *S est P*, quedaba oculto, y se revela ahora de *P* a *S*, pues tal fue su origen primero. Vuelven sobre ello más tarde otros lingüistas como Joseph Vendryes (1875-1960) y Uriel Weinreich (1926-1967). La proposición ya parte en sus términos de ideas revertidas al estado inicial de esquemas, pero que realmente encierran un juicio previo, desplegable en el orden analítico de estas matrices fundidas ya en idea.

Frente a esto, la gramática resulta de una inversión deductiva como sucede con los principios y las categorías del conocimiento, pero sin realidad posible en ellas, pues el lenguaje es también «una percepción consciente y viva»³⁷, un hecho concreto de habla que no se identifica con las categorías de él deducidas a no ser mediante una traducción ontológica de la palabra en idea y de esta en cosa. El análisis llega solo oblicuamente a la realidad y de modo doble: uno, el aquí ya expuesto, y otro, el abstracto de la idea. Representamos la cosa por alguna de sus cualidades separada de las demás y la convertimos luego en atributo esencial suyo. La identificación de la esencia y la especie con la idea, consten o no conjuntamente *S* y *P* en la proposición, es un tropo que instaura en el nombre radiaciones varias de significado concreto y de significancia no obstante y aún siempre posible según el entorno así abierto. Las palabras ni definen las cosas «ni están ordenadas a darnos concepto de su esencia, sino que aplicadas las denominaciones con relación a las cualidades

37. Cf. PFFD VIII, p. 401.

más salientes, o por lo menos más importantes desde el punto de vista subjetivo, distan mucho de representar, en general, los objetos con exactitud»³⁸. El uso cotidiano va sustituyendo la etimología y la evolución de la raíz primitiva, de tal modo que pasa a ser en ellas designación propia lo que por tradición resulta apropiado. En la palabra no entran «todos los conceptos que el objeto despierta en el espíritu, concretándose por ello, a elegir entre las diversas notas, una sola»³⁹. Por eso cabe afirmar que «le langage désigne les choses d'une façon incomplète et inexacte», como dice Michel Bréal (1832-1915)⁴⁰ y como repite, traduciendo incluso, el autor gallego⁴¹.

Se esboza un horizonte de significancia *a priori* cuyo fundamento fue *a posteriori*, de base inductiva, pero donde realmente actuaba ya un alza de mira significante. El nombre funciona entonces como tropo al implicar una moción fórica y, por tanto, una metáfora o sinécdoque de base metonímica, pues se usa «para *todo* el objeto denominado»⁴² e incluso «para designar todo un objeto en condiciones en que *nada* se halla en él de aquella cualidad que se expresa en su designación»⁴³, como son el brillo del sol o de la luna cuando han desaparecido, o la velocidad del caballo cuando está quieto o ya ha muerto, ejemplos glosados de Bréal⁴⁴. Por eso «[t]odo nombre es[,] como designación de cada objeto en su totalidad, un verdadero pseudónimo»⁴⁵.

38. PFFC II, p. 353.

39. PFFC II, p. 353.

40. M. Bréal: *Essai de sémantique (science des significations)*, Hachette, París, 1924⁷ [1ª edición, 1897] p. 177.

41. PFFC II, p. 353. Amor Ruibal sigue aquí de cerca al autor francés e interpola frases suyas sin citarlo directamente en el cuerpo del texto, pero sí alude a él en nota a pie de página (PFFC, p. 354 n. 2), junto con otros lingüistas cuyos conocimientos va resumiendo: William Dwight Whitney (1827-1894), Ferdinand Heerdegen (1845-1930), Arsène Darmester (1846-1888)...

42. PFFC II, p. 701.

43. PFFC II, p. 701.

44. PFFC II, p. 701.

45. PFFC II, p. 702.

Tampoco ningún nombre es el conjunto de las palabras que puedan representarlo y saturarlo⁴⁶. El ser dado en la relación cognoscitiva presupone un contacto sensible y nocional cuya taxia, podríamos decir, abre un nexo de «relatividad trascendente y prelógica»⁴⁷.

El acontecimiento existencial de la palabra, su exceso de acto vital sobre el signo, la codifica lógicamente. Una vez constituida, guarda aptitud o posibilidad de actuaciones. Su energía ondula en giros especulativos, funcionales, respecto de la frase que determina su campo significativo. Y así se repite su descripción en varios autores, como Remy de Gourmont (1858-1915)⁴⁸, Antoine Meillet (1866-1936)⁴⁹, Joseph Vendryes⁵⁰, etc. Por eso el valor genérico y abstracto de cada una se concreta e individualiza por la determinación de otra. En este punto, Amor Ruibal sigue a Eduardo Benot (1822-1907)⁵¹, y ambos reflejan el ambiente ideológico del círculo hermenéutico alemán. Hablar consiste en «limitar lo general por lo general»⁵². Tal límite ya lo conocemos por la

46. No existe tal distinción concreta de *nombre* y *palabra* en Amor Ruibal, pero se deduce como implícita al pasar del nivel ontológico al –digamos– ontolingüístico. Es el fundamento de la paráfrasis, reducción e incluso reescritura posible del lenguaje. Al nombre (*name*) pueden corresponderle una o varias palabras, dice Hobbes, como en el caso de «*just*», al que equivale una sola, «*one word*», de igual nombre, pero definido por varias: «*Hee that in his actions observeth the Lawes of his Country*» (*Leviathan*, Penguin Books, Harmondsworth, 1985 [*princeps*, 1651], p. 103). He aquí ya, en esbozo, la distinción entre *langue* y *parole*, que en francés aún supondría la de *nom* y *mot*. Amor Ruibal advierte también este hecho de equivalencia entre frase y nombre, pues, al tener «por objeto una descripción concreta», denomina «las ideas ú objetos á que se aplica» como si se tratara del nombre de una persona (PFFC II, p. 346).

47. Sobre el concepto amorruibaliano de «relatividad trascendente», cf., por ejemplo, PFFD IX, pp. 37-53.

48. R. de Gourmont, *Esthétique de la langue française: la déformation, la métaphore, le cliché, le vers libre, le vers populaire*, Ivrea, París, 1995 [*princeps*, 1899], p. 22.

49. A. Meillet, «Sur les caractères du verbe», en A. Meillet, *Linguistique historique et linguistique générale*, Honoré Champion, París, 1926² [1ª edición, 1921], p. 176.

50. J. Vendryes, *Le Langage. Introduction linguistique à l'histoire*. Albin Michel, París, 1968 [*princeps*, 1921], pp. 91-92.

51. E. Benot, *Arquitectura de las lenguas*, Juan Muñoz Sánchez, Madrid, 1889, 3 vols.

52. *apud* CL, p. 63 n. La insuficiencia de la palabra para denominar lo individual y el recurso a la cadena procesiva del lenguaje como sustitutivo de una referencia más precisa del nombre es tema común en el nominalismo y en escuelas lógicas posteriores

elección de idea al determinar el objeto en el contenido de la palabra. Pero acontece también dentro de cada una de ellas en tanto que «forma externa» u objetivación fónica suya, pues la cualidad se limita asimismo en su extensión relacionalmente con otra. Y esta relación es su modalidad⁵³, un modo de implicación trópica. Sucede igualmente con el sujeto en el predicado, y viceversa: existe una modalidad cualitativa en sus estructuras. De hecho, la idea universal incluye el núcleo de especificación de una categoría genérica o noción categórica⁵⁴, y ella es asimismo el modelo de todo núcleo lingüístico afectado potencialmente por un especificador o complemento, como sucede en el generativismo chomskiano.

Amor Ruibal fundamenta el carácter trópico del lenguaje desde las implicaciones lógicas de sus unidades. No olvidemos, sin embargo, que también atribuye una creación artificial a la palabra, inducida en cuanto forma gramatical por la técnica de la escritura. En tanto que artificio, el lenguaje se muestra tropo del pensamiento y la gramática siempre se ha visto en realidad como un modo de artificio. Gerber llega a considerar la materialidad y proceso del lenguaje como tropo y una forma de arte⁵⁵. Amor Ruibal resalta, como Alexander Baumgarten (1714-1762) y Étienne Bonnot de Condillac (1714-1780), la concepción trópica en la entraña misma de la abs-

hasta la deriva del descriptivismo positivista y, por supuesto, en las teorías filológicas del siglo XIX, del que se hacen eco también Gruppe y Gerber. Ya Leibniz, en sus *Nouveaux essais sur l'entendement humain* (Schreuder, Ámsterdam, 1765), advertía el valor general de las palabras y recurría a sus semejanzas para determinar las diferencias, pues lo individuo es infinito y «todo lo individuado actúa uno sobre otro en el universo» (*Nuevo tratado sobre el entendimiento humano* [traducción al español por P. de Azcárate], en G. E. Leibniz, *Discurso de metafísica. Sistema de la naturaleza. Nuevo tratado sobre el entendimiento humano. Monadología. Principios sobre la naturaleza y la gracia*, Porrúa, México, 1984, p. 220). He aquí el correlacionismo ontológico.

53. PFFD IX, 60. Locke dice incluso que las ideas abstractas pueden producir su concreto, de tal modo que en la proposición *un hombre es blanco* el adjetivo atributo concreta la *blancura*. Las esencias no se identifican porque difieren entre sí, pero se unen como emergiendo desde un fondo potencialmente común. Si decimos que *un hombre es racional*, significamos que una cosa tiene la esencia de hombre y también la de racionalidad, «a power of reasoning» (*An essay...*, *op. cit.*, III/VIII, p. 209).

54. PFFD IX, p. 59 n. 1.

55. G. Gerber, *Die Sprache als Kunst. Zweiter Band*, Heyfelder, Bromberg, 1873, p. 2.

tracción y del nombre, pues la prerrogativa de concretarse la esencia como palabra que contiene una o varias de las ideas que la representan acota la realidad comparando y simbolizando sus atributos. Al abstraer notas de los singulares, los comparamos y, con una de aquellas, representamos a los demás en el punto de cognición comprensiva que, al mismo tiempo, se expande por analogía a otros entes o propiedades semejantes⁵⁶. El paso de signo a símbolo es tropo y, en consecuencia, el nombre adjetiva la esencia nombrada y, de algún modo, la falsea, pues sustantiva sin ser la sustancia, o dice siempre más allá o más acá de lo que realmente dice. Por eso es pseudónimo. Pero la distinción de *nombre* y *palabra* no resulta aquí casual. Refleja el cambio de signo en símbolo. La palabra acontece en el desarrollo de la tensión de las raíces, es decir, como energía de los nombres allí constituidos. Es lo comprendido (*begreifen*), dice Gerber, bajo el proceso o contenido de los nombres (*Namen*) en la frase y proposición⁵⁷. Las palabras (*Wörter*) desarrollan en el habla el código del nombre. Y de ahí que no hablen con el mismo entorno y precisión lógica, pues se disfrazan de algún modo, pero realmente dicen más con su viveza psicológica.

56. Jacques Derrida (1930-2004) observa en este proceso una suspensión y separación del presente temporal respecto de sí mismo y, por tanto, una operación sustitutiva («de suppléance») del vacío así descubierto, que se cubre con la representación. Esto hace que el signo se anuncie antes del signo: ya en el umbral de la generalización o de la abstracción, donde deviene figura de su propio decurso inscribiendo la metáfora o extensión de sentido en el orden poético del lenguaje (*L'archéologie du frivole*, Galilée, París, 1990, p. 143).

57. G. Gerber, *Die Sprache und das...*, *op. cit.*, p. 6. El arte del lenguaje consiste precisamente en ir transformando en palabras, es decir, en unidades de habla, la energía que contienen los nombres al relacionarse unos con otros en la frase o proposición.